ELEGÍA Y LOA DEL LIBRO

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Gonzalo Fernández de la Mora *

Señoras y señores:

En esta festividad, ya tradicional, los buenos libros nos esperan y seré muy breve para que pronto podáis retomarlos con provecho y delectación.

Contaba ocho años cuando adquirí mi primer libro, una voluminosa historia del arte, que conservo. Aún no se han borrado de mi memoria algunas de sus ilustraciones; me parece que estoy viendo la fotografía en blanco y negro de la cúpula florentina de Brunelleschi. Desde entonces, incansablemente he frecuentado librerías de nuevo y de viejo. He tenido que ahorrar y regatear. No he regresado de ningún viaje sin un cargamento bibliográfico, a veces excesivamente pesado. Una vez en París, después de tenso diálogo, la azafata me dejó cargar en el avión, sin sobreprecio, los veintitantos volúmenes del bilingüe Platón de Belles Lettres, todavía insuperado. Mis domicilios han estado tapizados de libros y he dedicado una buena parte de mi vida a leerlos. Excepto las secciones de arte y literatura, he donado mi biblioteca a la Academia de Ciencias Morales y Políticas en cuyos plúteos ya se han instalado casi ocho mil volúmenes, quizá la mitad del total. El año que viene se ultimarán los trabajos de traslado y fichaje. Sin libros no podría explicar ni mi obra, ni casi nada de mí mismo.

Sólo he conocido una gran biblioteca privada, la de mi admirado amigo Francisco Elías de Tejada. Cuando prematuramente falleció, su culta viuda recibió

* Discurso en el Instituto de España, Madrid, 4 de mayo de 1999.

la tentadora oferta económica de una institución extranjera; pero no me costó mucho persuadirla de que donara los treinta y dos mil volúmenes, en su mayoría de Derecho público y Filosofía del Derecho, a la Academia de Ciencias Morales y Políticas donde hoy, salvados de la dispersión y la incuria, representan una valiosa parte de sus fondos. He trabajado en la impresionante e irrepetible biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander. Tengo noticia de alguna otra como la de Angel Ferrari, legada a la Academia de la Historia; pero me temo que esos altos precedentes difícilmente se repetirán. Los libros son cada día más costosos, las residencias más reducidas, y las bibliotecas públicas más numerosas y accesibles. Quizá entre los estudiosos de mi tiempo haya todavía alguna biblioteca privada de envergadura; sin embargo, dudo mucho de que quienes hoy cultivan seriamente algún saber y están condenados a la especialización, puedan llegar a reunir en sus casas decenas de miles de volúmenes. Pero no será el fin del libro. Y hay sólidos fundamentos para mi esperanzado pronóstico bibliófilo.

¿Qué distingue a un hombre adulto actual del primer «homo sapiens sapiens», aparecido hace sólo unos treinta y cinco mil años? Nada esencial porque el código genético permanece específicamente invariable. La estructura biológica del recién nacido hoy no se diferencia del que vio la luz, por ejemplo, en la cueva de Altamira, y si se le pudiera abandonar al estado de naturaleza sería, parecido al supuesto niño lobo o al imaginario Tarzán.

Lo que nos separa de nuestro primer antepasado no es connatural, sino adquirido; no es intrínseco, sino adventicio; no es sustancial, sino accidental; es la cultura, o sea, los conocimientos y las prácticas que la Humanidad ha ido adquiriendo a lo largo de su milenario curso.

Hoy, por extensión pródiga, se llama «culturales» a manifestaciones casi indiferentes desde el punto de vista de la lógica y de la verdad, así ciertas prácticas mágicas o estridencias rítmicas de tribus primitivas. Es insensata la pretensión voluntarista de que todos los productos culturales tienen análogo valor, el curandero del Orinoco y el especialista de Huston. Las costumbres de interés etnológico pertenecen a un área que no es la de la ley científica. Por eso habría que distinguir entre las culturas con minúscula o folklore, y la Cultura con mayúscula o acervo de saberes verdaderos, sistematizados, objetivados y abiertos. Ese patrimonio de la Humanidad no es un simple hábito interior, es una realidad exterior de la que poco o mucho nos beneficiamos, que nos precede y que nos sobrevive; es transmisible. Este es el punto históricamente decisivo, la objetivación perdurable, comunicable y perfectible que trasciende a la fugaz existencia de los creadores. ¿Cómo se logra esa fecunda objetivación de la que sólo es capaz la especie humana?

Los griegos utilizaban un mismo vocablo para designar a la razón, que es la nota distintiva del hombre, y para designar a la palabra. Esa voz, quizá la más ilustre de todas las conocidas, es *logos*. Tal identificación verbal no me parece una arbitrariedad semántica, sino el justo reflejo de una correlación realísima. Con diferentes matices, según las escuelas, los institucionistas sostienen que es posible un conocimiento intelectual directo e inmediato y, por tanto, sin intermediación alguna. De este modo se produciría una cierta equiparación entre el conocimiento sensorial, que efectivamente es inmediato, y el conocimiento intelectual, entre, por ejemplo, el ver y el entender. Esta concepción es difícilmente aceptable puesto que los animales ven, pero no entienden y, consiguientemente, no hablan.

El acto de entender y el de formar una palabra mental –*verbum mentis*– no son dos actos simultáneos, sino el mismo acto. Lo entendido se expresa en palabras mentales que, luego, cabe objetivar externamente como efímeros gestos o fonemas, o más duraderamente con símbolos, primero jerofligos y, luego, vocablos tras la invención del alfabeto.

Las palabras mentales son de naturaleza objetiva, aunque interna como las imágenes, y están ahí materialmente en el cerebro. El hecho de que puedan traducirse en nombres diferentes según los idiomas no anula su consistencia. En los vocabularios hay una versatilidad, derivada de su relativa arbitrariedad; pero la palabra mental es consustancial al hecho de entender y es susceptible de reflexión, pero no de libre manipulación.

El lenguaje no es, pues, una mera invención útil para la comunicación social, aunque también cumpla esta importantísima función. Y la prueba es que un hombre completamente aislado y sordomudo entiende con palabras mentales. No se trata de un accidente, ni de una simple técnica. Como dijo uno de los más grandes filósofos hispanos «el entendimiento es locutivo por naturaleza» [1].

Entre el trino del pájaro o el silbido del delfín y la palabra humana hay una distancia incalculable. El hombre es el único animal locutivo, esa es su esencia específica y su grandeza. De este hecho capital y definitorio no se deducen ni la veracidad, ni la dignidad de toda palabra. Cabe mentir, o sea, decir lo contrario de lo que se piensa. Cabe engañarse, o sea, entender mal una palabra. Cabe hablar por hablar como práctica neutra independiente de la verdad. Pero estas perversio-

---

[1] «Intellectus ex sua natura est locutivus» (JUAN DE SANTO TOMÁS, *Cursus theologicus*, 1637-1667, disp, 32, art. 5, núm. 25). Vid. el desarrollo de F. CANALS, *Sobre la esencia del conocimiento*, 1987, pág. 230.

nes del lenguaje no disminuyen ni en un ápice el dato de que no hay entendimiento sin palabra, ni hominidad sin logos. Somos animales racionales, los únicos que pueden hablar y, consiguientemente, escribir.

No se puede pensar sin palabras mentales; pero sin ellas tampoco es posible reflexionar. Cabe el diálogo consigo mismo o dialéctica interna a que se referían los antiguos. Pero la reflexión plena es la que se efectúa sobre la palabra escrita y, especialmente sobre un contexto objetivado. Así se analizan las partes en el conjunto. No se depende de la frágil memoria para volver sobre el tema. El volátil dinamismo mental se ha concretado en inmóviles símbolos expresivos. La peligrosa improvisación es reemplazada por la relectura y la enmienda. Sin la objetivación escrita del pensamiento todavía estaríamos en las vísperas de Tales y de Parménides.

Algunos saberes, incluso complejos como la teología hindú, pudieron objetivarse en sucesivas memorias individuales; también pueden objetivarse en rústicas huellas no estrictamente lingüísticas como las prehistóricas. Pero la maravillosa y perfectiva prótesis cultural, que desde el nivel adánico ha sido puesta al alcance de sucesivas generaciones, sólo ha logrado densidad y asequibilidad con la palabra escrita en la piedra, la arcilla, el papiro, el pergamino o el papel, sobre todo en el papel y en el multiplicador libro impreso. El tórculo marca verdaderamente el comienzo de una nueva era en la que ya no podrán acontecer tragedias como el irreparable incendio de la biblioteca de Alejandría, una era en la que se pone el saber al alcance de masas cada vez mayores. Imaginémonos qué sería de nosotros, civiles sin copistas monásticos, si no hubiéramos dispuesto de libros desde que llegamos al uso de razón. Entre costosos manuscritos y privilegiadas docencias se hizo la cultura antigua y la medieval; pero la prótesis humanizadora se ha desarrollado exponencialmente desde la aparición del libro impreso.

Sí, se lo debemos casi todo a las bibliotecas; ellas son las que nos elevan por encima de nuestros primeros padres, muchísimo más primitivos que los que revelaron los adelantados de la etnología, uno de ellos Tácito con su compacta y ardua *Germania*. Y los antropólogos contemporáneos que han descrito auténticos fósiles vivientes con su arcaísmo de auroral hominidad. Entre aquellos islotes incultos –ya más o menos permeabilizados por nuestra penetrante civilización– y nosotros, europeos muy leídos del ya tangente siglo XXI, sólo hay los libros. Es casi taumatúrgico: de la caverna a la catedral, del plural a la ecuación einsteniana, de la lucha de todos contra todos al Estado. Todo eso y mucho más sería impensable sin el libro.

Este culto a la palabra no es nominalismo, porque detrás de cada una percibo un correlato real. La paloma se designa con múltiples vocablos según los idiomas, pero el referente objetivo es el mismo. Incluso las voces sin un contenido real, como sirena o centauro, se refieren a ficticios compuestos de partes existentes. Y todos los vocablos abstractos con sentido proceden de concreciones tangibles. ¿Qué es la idea de libro en general, sino el común denominador mental de todos los libros? El peligro de la letra es que el papel lo soporta todo, no ya la hipótesis, sino también la contradicción, la ficción y la mentira. Pero es precisamente el vocablo escrito el que mejor permite comprobar si es claro, si es coherente con el contexto, y si no está en contradicción con la experiencia. El texto falaz puede ser desenmascarado siempre que el verbalismo no nos impida el permanente contraste entre el lenguaje y las cosas. La Filosofía, especialmente la contemporánea, ha caído en dos abismos: dar como real lo meramente formulado, y sustituir la descripción por la logomaquia. La corrupción de lo excelente es pésima; pero tal degeneración no anula la existencia de lo efectivamente óptimo.

La innovación cultural veraz es obra de una exigua minoría; pero su trabajo beneficia a multitudes. Pocos son los creadores e innumerables los consumidores de cultura. Que los autores de libros originales sean relativamente pocos no disminuye la inmensa trascendencia de la letra impresa; al contrario, la magnífica, es como la semilla, diminuta quizá, pero potencialmente magna. De las monografías brotan los manuales, periódicamente actualizados y enriquecidos; se criba, ordena y vulgariza. ¿A qué lento paso avanzaría la docencia sin textos y apuntes? No es satisfactorio que haya infinidad de gentes que apenas leen libros; pero el medio en que viven está impregnado de la sustancia de libros utilizados por otros. Hasta ahora, el libro ha sido la forma más perfecta de objetivar los saberes; pero ¿y en el futuro?

Del mismo modo que el papel asestó un golpe mortal al pergamino, los soportes electrónicos ¿recluirán a los libros en el almacén de las antigüedades? Es evidente que estamos entrando en una era que ya no es la de Gutenberg, sino la que, dentro de nuestro Cuaternario, se podría denominar el Infocense inferior, modesto inicio de la cultura digital que se avecina. Es probable que los soportes magnéticos sustituyan a ese libro impreso en papel que conocemos. Pero los disquetes ¿no serán, en cierto modo, la versión nueva del libro, como el cuaderno lo fue del rollo clásico y éste de la tablilla? Habrá que seguir escribiendo, aunque no en papel; habrá que seguir aprendiendo y consultando en objetivaciones culturales ajenas, aunque sean sólo visibles en una pantalla. Se comprimirán ingentes bibliotecas en diminutos espacios, las ediciones más escasas serán de fácil consulta electrónica, en suma, el libro será menos materia y más energía.

La ciencia y la técnica me llevan a transformar la loa en elegía. Asistimos a una metamorfosis del libro. Son los mismos libros de Física los que, al diseñar los soportes electrónicos, más que suicidarse se transfiguran. Las cenizas del papel alimentan una difusión de los saberes que multiplican inmensamente las antiguas posibilidades de la imprenta.

Creo que es un gran progreso y no tengo nostalgia ni de la arcilla, ni del papiro, ni del pergamino, ni del papel, aunque no haya salido de este último. Mi mundo ha sido el de los libros y en él permaneceré hasta el final, recuperándolos en un baratillo, ordenándolos, y penetrando en su intimidad sabia. Quizá los de mi tiempo, ya en gran parte pasado, seamos las últimas «gentes del libro», como antes se denominaba a los judíos y a los mahometanos o, más exactamente, ciudadanos de la ya agónica era bibliográfica, con sus limitaciones y con sus ventajas. Cuando cualquier conocimiento se nos muestre pulsando un simple botón ¿se estará capacitado para asimilarlo? ¿No aparecerán con toda su negatividad la tentación del aplazamiento o la angustia de la elección? ¿No se sumirá el saber en un magma enciclopédico de información sin jerarquizar? ¿No se enclaustrará el hombre en un cubículo con su artilugio de chips?

En este período infocense que iniciamos ¿se convertirá el libro impreso en un artículo de lujo, en una obra de artesanía o de arte? En parte así será. Pero, además de los valores estéticos, el libro de pura literatura, de viaje o de cabecera y, sobre todo, el manual conservarán su utilidad entrañable. ¿Leer a Jorge Manrique, a Bécquer o a Gerardo Diego en una vibrátil huella de rayos catódicos? El tratado aprendido y anotado es insustituible para el cultivo de una disciplina. El tomo, en su plúteo y a nuestra vera, es un punto de partida más seguro que la pantalla electrónica de fondo ilimitado y apenas conocido. Formarse sin libros es una invitación al asistematismo, a la contradicción y, mientras las técnicas no mejoren, al deterioro de la visión, quizá a la ceguera.

Con el libro impreso ha habido sapientes e ignaros; con los soportes magnéticos los seguirá habiendo, ambos en mayor número. Bienvenidos aquellos; pero sospecho que el futuro mundo del ordenador no será por eso más humano que el poco leído de hoy.

Uno de los efectos más relevantes de la informática es la simplificación del acceso a la bibliografía. Hace exactamente medio siglo, publiqué mi primera monografía académica que versaba sobre los antimaquiavelistas españoles de la Contrarreforma. Mi reto inicial fue elaborar una lista de las fuentes primarias y de las secundarias. Casi por azar descubrí en la sala general de la Biblioteca Nacional

los dos venerables infolios de la *Bibliotheca Hispana* de Nicolás Antonio, y allí inicié mi búsqueda de los doctrinarios políticos españoles del siglo XVI y el XVII. Luego, escudriñé el *Manual* de Palau, aunque entonces carecía de índice de materias. Y así sucesivamente. La búsqueda de la bibliografía no era una tarea reglada y fácil, sino errática y laboriosa, y siempre quedaba la duda de haber pasado por alto algún título. Una vez elaborado el repertorio, había que localizar los libros, algunos muy raros. Y, finalmente, la vía dolorosa de los artículos de las revistas, frecuentemente incompletas y sin índices generales. El esfuerzo previo era casi tan importante como el propiamente intelectual de estudiar los textos. Ha habido una época en que la calidad de una investigación se medía por la bibliografía utilizada. Ahora, la informática está culminando un giro copernicano.

Hace una década, caí en la tentación de abordar directamente a un oscuro filósofo germano, Krause, muy mentado en España; pero poquísimo o nada leído ni aquí ni allende fronteras. Sus libros no figuraban en nuestras bibliotecas y me fui a la magnífica de la norteamericana Universidad de Yale. Cuando acababa de atravesar el vestíbulo, un servicio de información me suministró en pocos minutos varios metros de papel con la bibliografía disponible en los diversos centros locales y en otros de aquel opulento país. Como poseía una tarjeta de investigador, pude instalarme en un pupitre portátil ante los plúteos donde se conservaban casi todas las publicaciones del hermético y místico personaje. Pronto descubrí que faltaba un rarísimo librito juvenil donde el germano revelaba su extraordinario interés por el visionario de extraterrestres, Swedenborg. Consulté el rollo de bibliografía que acababan de suministrarme y comprobé que en los Estados Unidos había un sólo ejemplar en una provinciana institución privada. Al día siguiente, el servicio de préstamos puso aquella curiosidad erudita al alcance de mi mano.

Hoy, la obtención de la bibliografía e incluso de los más raros libros y de los artículos de revista menos asequibles es casi un juego de niños. El verdadero problema no es el simplemente erudito, sino el intelectual de seleccionar, jerarquizar, asimilar, sintetizar, y llegar a conclusiones factuales o valorativas.

La erudición, que ya carece de misterios salvo en ciertos archivos, sigue siendo fundamental para el historiador de sucesos o de ideas; pero se ha convertido en un trámite marginal e instrumental para el científico o el pensador, sobre todo para aquél. Las ciencias puras y las experimentales progresan acumulativamente y, periódicamente, los tratados van incorporando las últimas aportaciones y desechando las que han quedado superadas. Se puede ser un gran físico atómico sin saber quién fue Demócrito. En algunas disciplinas humanísticas la erudición tiene mayor relevancia porque, incluso las más abstractas, como la filosofía, están

muy vinculadas a un autor y a un tiempo. No cabe, por ejemplo, decir algo serio sobre la forma sin reconstruir abreviadamente el milenario debate, por lo menos, desde Platón. Esta es una de las miserias de la filosofía que, salvo en algunas escuelas como la aristotélica, no ha crecido acumulativamente, sino esporádica, discontinua, convulsa, y pendularmente.

De la revolución bibliográfica se deriva una nueva preceptiva académica. Acumular bibliografía sin crítica y elaborar dilatadas glosas y reexposiciones ¿es meritorio? Tal conducta se descalifica si, por añadidura, el tema está momentáneamente de moda, por ejemplo, el postmodernismo. Los refritos de los efímeros son menos presentables que los de los perennes. Salvo para principiantes, incluso doctorandos, no creo que sea honesto acumular citas cuando no se tiene nada nuevo que decir. A estas alturas de la informática las aparatosas exhibiciones bibliográficas me parecen un indicio desfavorable para escritores adultos. Las referencias obligadas son las que sirven de punto de partida y exoneran del plagio, pero no las ostentosas. Al ritmo exponencial de las publicaciones académicas ¿a qué extremos de ilegilibilidad se llegaría por el camino de la bibliografía como espectáculo? Confieso que ya sólo leo libros de filosofía parcos en citas como, por mencionar a un compatriota contemporáneo, los de Zubiri. Quienes abruman con referencias políglotas presumo que aportan poco nuevo y personal.

Este sí es un cambio sustancial, impuesto a los investigadores por los soportes electrónicos y la informática: ahora hay que pensar e innovar, la tarea de hacer fichas debe quedar discretamente relegada al cuarto de trabajo; al lector hay que ofrecerle sólo el estado de la cuestión, la quintaesencia del debate y el hallazgo sustancial. Si Minerva nos niega tales capacidades, lo honesto es aliviar a las imprentas, y limitarse al placer de consumir cultura.

Cuando, al principio de los años cuarenta, estudiaba Filosofía en la recién inaugurada sede de la Facultad, cara al Guadarrama velazqueño, me eran familiares todos los catedráticos españoles de la disciplina. Ahora, con la masificación universitaria y la multiplicación del cuerpo docente apenas me suena una pequeña fracción del profesorado. ¿Se debe pedir a esa muchedumbre de enseñantes que, para su expediente académico, no cese de incrementar las listas de repetitivas publicaciones? Rotundamente no. Lo que se les ha de exigir es que, en las lecciones, desarrollen con lucidez el mejor manual y muevan a los alumnos a razonar. Ni la mecánica acumulación de citas, ni el ingenuo descubrimiento de mediterráneos. En la ética de la inteligencia la informática está potenciando con más energía que nunca el mandamiento del pensar creativo.

La electrónica permite reducir ingentes masas de información a imágenes, y suministrar algo así como libros dinámicos, sólo compuestos de ilustraciones. El valor pedagógico de lo gráfico en movimiento es elevado; pero la educación meramente visual induce a la pasividad del aprendiz y no a la actividad intelectiva y razonadora. Ni la lógica, ni las matemáticas, ni la física, ni siquiera la literatura pueden ser reducidas a iconos. Aunque se suscribiera el sensismo cognoscitivo más absoluto ¿cómo dibujar la ecuación de la relatividad general, una oración, un soneto, o el código civil? El hábito del aprendizaje por meras imágenes es una mutilación de la inteligencia humana. En cambio, las construcciones conceptuales y abstractas que transmite la letra impresa son el producto más comprensivo y útil del logos, nota distintiva del hombre. Sin riesgo de barbarización, la pantalla como simple portadora de imágenes jamás podrá sustituir a la palabra que es la materia prima del libro.

Hace muchos años que no hago relecturas de un libro. Lo leo, lo anoto, trato de asimilarlo y, cuando la ocasión lo impone, consulto tal o cual pasaje. Escudriño, ahora, en mi memoria cuál ha sido la obra que he leído más veces y tengo que retroceder hasta mi adolescencia y juventud cuando consumía, en grandes dosis, pura literatura. Es una aparente vulgaridad, pero, entre los clásicos, mis maestros me encaminaron hacia el *Quijote,* cuyas páginas frecuenté con obstinación hasta poder recitar muchas de ellas. Debo al libro cervantino disciplina sintáctica, castizo léxico y, sobre todo, esa distancia metódica con que el humor cervantino contempla el Universo. En la inverosímil fábula caballeresca aprendí más lógica, prudencia y realismo que en la implacable novela picaresca. Los ficticios héroes manchegos incitan a la reserva y a la crítica, en suma, al uso de la razón. No es paradógico que la imaginación cervantina no lleve a la mera contemplación o a la simple fruición estética, sino a la meditación. Luego, supe que hay innumerables interpretaciones, más o menos sofisticadas, de nuestro gran libro. La mía no es una pretenciosa exégesis, sino una confesión humilde; en mis quizá más de veinte relecturas, ya lejanas, del *Quijote* aprendí a interponer el logos analítico entre lo contado y la realidad, y a no entregarme a la letra impresa; más que la duda cartesiana, es el constante recurso a la razón. La consabida recomendación del visionario hidalgo, y cito de memoria, es «Muchacho no te encumbres que toda afectación es mala», pero siempre la traduje como «No te dejes embaucar por el pintar como querer».

Los libros están ahí, entregados a nuestra disección y deducciones, como remedio de nuestra ignorancia y como fulminante de nuestro raciocinio.

Gracias sean dadas a los queridos libros, y a vosotros por vuestra paciencia.